

ECUADOR Debate

CONSEJO EDITORIAL

José Sánchez-Parga, Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira,
Simón Espinosa, Diego Cornejo Menacho, Manuel Chiriboga,
Fredy Rivera Vélez, Marco Romero.

Director: Francisco Rhon Dávila. Director Ejecutivo del CAAP
Primer Director: José Sánchez-Parga. 1982-1991
Editor: Fredy Rivera Vélez
Asistente General: Margarita Guachamín

ECUADOR DEBATE

Es una publicación periódica del **Centro Andino de Acción Popular CAAP**, que aparece tres veces al año. La información que se publica es canalizada por los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones y comentarios expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE. Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US\$. 30

ECUADOR: US\$. 9

EJEMPLAR SUELTO: EXTERIOR US\$. 12

EJEMPLAR SUELTO: ECUADOR US\$. 3

ECUADOR DEBATE

Apartado Aéreo 17-15-173 B, Quito - Ecuador

Fax: (593-2) 2568452

E-mail: caap1@caap.org.ec

Redacción: Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre, Quito.

PORTADA

Magenta

DIAGRAMACION

Martha Vinuesa

IMPRESION

Albazul Offset

ESTE NÚMERO DE LA REVISTA CONTÓ CON EL APOORTE DE LA
FUNDACIÓN HEINRICH BÖLL STIFTUNG



ISSN-1012-1498

ECUADOR DEBATE

60

Quito-Ecuador, diciembre del 2003

PRESENTACION / 3-6

COYUNTURA

Pobreza, dolarización y crisis en el Ecuador / 7-24

Carlos Larrea y Jeannette Sánchez

El rumbo de una democracia militar / 25-37

Hernán Ibarra

¿En las puertas de un mundo nuevo? Neoimperialismo y respuestas / 39-50

Mariano Aguirre

Conflictividad socio política Julio-Octubre 2003 / 51-57

TEMA CENTRAL

El nuevo orden antiterrorista mundial / 59-89

J. Sánchez Parga

Vivir con miedo, morir en el terror. Chile, 1973-1990 / 91-104

Loreto Rebolledo

El impacto de ETA sobre el sistema político Vasco / 105-126

Pedro Ibarra

Latinoamérica y el terrorismo de posguerra fría / 127-145

Francisco Rojas Aravena

La lucha estadounidense contra el terrorismo / 147-157

José María Tortosa

Que se lleven sus matanzas a otra parte, que no me dejan ver la telenovela / 159-170

Carlos Monsiváis

ENTREVISTA

Otra mundialización es posible

Entrevista realizada a Francois Houtart / 171-176

DEBATE AGRARIO –RURAL

Los “intermediarios buenos”: ideales teóricos, sobrevivencia y mercados / 177-190

Tiziana Cicero

Vendiendo su mejor recurso a bajo precio: el caso de los comuneros de Santa Elena / 191-205

María José Castillo y Richard Beilock

ANALISIS

Identidades y movilización: la frontera entre la acción comunitaria y la instrumentalización de los artefactos culturales: el caso Guayaquil / 207-221

Santiago Basabe Serrano

Individuo, comunidad y derechos humanos: el caso Boliviano / 223-240

H.C.F. Mansilla

Autosuficiencia nacional / 241-252

John Maynard Keynes

CRITICA BIBLIOGRAFICA

El precio del petróleo. Conflictos socioambientales y gobernabilidad en la Región Amazónica / 253-258

Guillaume Fontaine

Comentarios: Jorge León

Autosuficiencia nacional*

*John Maynard Keynes***

El capitalismo internacional decadente pero individualista, en cuyas manos nos encontramos después de la guerra, no es un éxito. No es inteligente, no es hermoso, no es justo, no es virtuoso y no entrega los productos. Resumiendo, nos disgusta y estamos empezando a menospreciarlo. Pero cuando nos preguntamos con qué reemplazarlo, nos quedamos perplejos.

Capítulo I

Yo fui educado como la mayoría de hombres Ingleses, para respetar el libre comercio no solamente como una doctrina económica, que una persona sensata e instruida no podía durar, sino casi como una parte de la ley moral. Yo consideraba que las comunes desviaciones de ella eran al mismo tiempo una tontería y un ultraje. Yo pensaba que las inamovibles convicciones Inglesas sobre el libre comercio, mantenidas por casi cien años, eran tanto la explicación ante los hombres como la justificación ante el Cielo de su supremacía económica. Para finales de 1923 yo escribí que el Libre Comercio se basaba en verdades fundamentales

“que, afirmadas con sus debidas cualidades, nadie capaz de comprender el significado de las palabras podía disputar”.

Examinando nuevamente hoy día las afirmaciones que sobre esas verdades fundamentales emití entonces, no me encuentro discutiéndolas. Sin embargo, la orientación de mi mente ha cambiado; y yo comparto este cambio mental con muchos otros. Parcialmente, sin duda, mi experiencia sobre la teoría económica se ha modificado; yo no debería acusar al Sr. Baldwin, como lo hice entonces, de ser “una víctima de la falacia Proteccionista en su forma más cruda” porque él creía que, en las condiciones existentes, un arancel podría hacer algo para disminuir el desempleo

* Esta es la primera versión en español. El texto original en inglés se lo puede leer en: John M. Keynes (1933) “National Self-Sufficiency”, *Yale Review*, volumen 22, No. 4; pp. 755-769; <http://www.polyarchy.org/enough/anthology/texts/keynes.1933.html>. La traducción fue hecha por ILDIS-FES-Ecuador.

** Miembro del King’s College, Cambridge La primera Conferencia de Finbaly fue presentada en University College, Dublín, el 19 de Abril, 1933

británico. Pero en primer lugar, yo atribuyo mi cambio de posición a otro asunto –a mis esperanzas y temores y preocupaciones, junto con las de muchos o la mayoría, yo creo, de esta generación en todo el mundo, que son diferentes de lo que fueron. Apartarse de los hábitos mentales del mundo de preguerra del siglo diecinueve es un asunto que toma tiempo. Asombra la cantidad de obsoletos pensamientos que la mente de uno arrastra incluso después de que el centro de la conciencia ha cambiado. Pero hoy día finalmente, a un tercio del camino hacia el siglo veinte, muchos de nosotros estamos escapando del diecinueve; y para cuando lleguemos a su mitad, puede ser que nuestros hábitos mentales y lo que nos preocupa sea tan diferente de los métodos y valores del siglo diecinueve, como otros siglos han sido respecto de sus predecesores.

Así que aquí, este día, presentando la primera de una serie de conferencias que tendrán muchos sucesores, pero ningún predecesor, pronunciándola en Irlanda, que ha levantado un enérgico pie fuera de sus pantanos para convertirse en el centro de ese experimento económico y que se sitúa casi tan remota del Liberalismo Inglés del siglo diecinueve como la Rusia Comunista o la Italia Fascista o las rubias bestias en Alemania, siento apropiado intentar una clase de inventario, de análisis, de diagnóstico para descubrir en qué consiste esencialmente este cambio mental, y finalmente preguntar si, en la confusión de pensamiento que todavía envuelve a este recientemente hallado entusiasmo de cambio, no estaremos corriendo el

innecesario riesgo de desechar con el agua sucia y la basura algunas perlas de la característica sabiduría del siglo diecinueve.

● Qué creían estar llevando a cabo los Libres Comerciantes del siglo diecinueve, que estaban entre los más idealistas y desinteresados de los hombres?

Ellos creyeron –y tal vez es justo poner esto primero– que estaban siendo perfectamente sensatos, que solo ellos tenían la visión clara, que las políticas que pretendían interferir con el ideal de la división internacional del trabajo eran siempre el resultado de la ignorancia derivada del propio interés.

En segundo lugar, ellos creyeron que estaban solucionando el problema de la pobreza y resolviéndolo para el mundo como un todo, utilizando de la mejor manera, como una buena ama de llaves, los recursos y habilidades del mundo.

Ellos creyeron, además, que no estaban sirviendo meramente, a la sobrevivencia de los más fuertes económicamente, sino a la gran causa de la libertad, de la libertad para las iniciativas personales y los dones individuales, la causa del arte creativo y la gloriosa fertilidad de la mente liberada en contra de las fuerzas del privilegio, del monopolio y de la obsolescencia.

Ellos creían, finalmente, que eran amigos y garantes de la paz, de la concordia internacional, de la justicia económica entre las naciones y que eran los promotores de los beneficios del progreso.

Y si al poeta de ese período a veces le venían extraños deseos por deambular muy lejos a donde nunca llega el co-

mercante y coger a la cabra salvaje por los cabellos, allí también venía con total seguridad la reacción cómoda, *"Yo, como a la manada de frente estrecha, libre de nuestras gloriosas ganancias, Como una bestia con bajos placeres, como una bestia con dolores bajos!"*

Capítulo II

¿Qué falta debemos encontrar en esto? Tomándolo en su valor superficial, -ninguna-. Sin embargo, muchos de nosotros no estamos contentos con ella como una teoría política que funciona. Qué está mal? Pienso que debemos descubrir la fuente de nuestras dudas, no a través de un ataque frontal sino por un deambular -deambulando por una ruta diferente para encontrar el lugar del deseo de nuestro corazón político. Sin embargo, trataré de relacionar la nueva orientación tan estrechamente como sea posible a la anterior.

Para comenzar con el tema de la paz. Ahora nosotros somos pacifistas con toda fuerza de convicción que, si el internacionalista económico pudiera ganar este punto, él pronto reconquistaría nuestro apoyo. Pero ahora no parece obvio que una gran concentración de esfuerzo nacional para captar el comercio exterior, que la penetración de la estructura económica de un país por los recursos y la influencia de capitalistas extranjeros, que una dependencia muy estrecha de nuestra propia vida económica en las fluctuantes políticas económicas de los países extranjeros sean resguardos y garantías de la paz internacional. Es más fácil, a la luz de la experiencia y la previsión, argumentar totalmente lo contrario. La protección de los

existentes intereses foráneos de un país, la captación de nuevos mercados, el progreso del imperialismo económico son una parte apenas evitable de un esquema de cosas que aspira al máximo de la especialización internacional y a la máxima difusión geográfica del capital donde sea que se asiente su propiedad. Aconsejables políticas nacionales podrían por lo general ser más fáciles de alcanzarse, si el fenómeno conocido como "el escape del capital" pudiera excluirse.

El divorcio entre la propiedad y la real responsabilidad del manejo gestión es grave dentro de un país, cuando, como resultado de una empresa de capital compartido, se disuelve la propiedad entre innumerables individuos que compran sus intereses hoy día y los venden mañana y carecen tanto del conocimiento como de la responsabilidad hacia lo que ellos poseen momentáneamente. Pero cuando el mismo principio se aplica internacionalmente, esto es, en tiempos de tensión, es intolerable- Yo soy irresponsable hacia lo que yo poseo y aquellos que operan lo que yo poseo son irresponsables hacia mí. Pueden haber algunos cálculos financieros que demuestren que lo expuesto a continuación es ventajoso, que mis ahorros deberían ser invertidos en cualquier parte del globo habitable que presente la mayor eficiencia marginal del capital o la más alta tasa de interés. Pero la experiencia está indicando que la distancia entre propiedad y operación- que históricamente está simbolizada para ustedes en Irlanda por un feudalismo ausente- es perversa en las relaciones entre los hombres y que probablemente o por seguro. en el largo plazo. establecerán

tensiones y enemistadas que llevarán a cero los cálculos financieros.

Tomen como ejemplo las relaciones entre Inglaterra e Irlanda. El hecho de que por generaciones los intereses económicos de los dos países han estado muy entrelazados no ha sido ocasión o garantía de país. Puede ser verdad, y yo creo que lo es, que una gran parte de esas relaciones económicas son de tan gran ventaja económica para los dos países que sería muy necio alterarlas imprudentemente. Pero si usted no nos debe dinero, si nosotros nunca hubiéramos poseído sus tierras, si el intercambio de bienes fuera de una escala que hiciera que el asunto tuviera menor importancia para los productores de ambos países, sería mucho más fácil ser amigos. Yo simpatizo, por lo tanto, con aquellos quienes minimizarían, antes que con quienes maximizarían, el enredo económico entre naciones. Ideas, conocimiento, ciencia, hospitalidad, viajes, esas son las cosas que por su naturaleza deberían ser internacionales. Pero dejen que los bienes sean producidos localmente siempre y cuando sea razonable y convenientemente posible, y, sobre todo, dejemos que las finanzas sean primordialmente nacionales. Sin embargo, al mismo tiempo, aquellos que buscan liberar a un país de enredos, deberían ser muy lentos y cautelosos. No debería ser un asunto de romper raíces sino de entrenar lentamente a una planta para que crezca en una dirección diferente.

Por lo tanto, por esas fuertes razones, yo me inclino a creer que, luego de que la transición se haya logrado, una mayor medida de auto suficiencia na-

cional y aislamiento económico entre países, que existió en 1914, puede tender a servir la causa de la paz antes que lo contrario. De todas formas el período del internacionalismo económico no fue especialmente exitoso para evitar la guerra: y si sus amigos replican que la imperfección de su éxito nunca le dio una justa oportunidad, es razonable anotar que un mayor éxito es apenas probable en los años venideros.

Cambemos de esos asuntos de dudoso juicio, donde cada uno de nosotros tendrá derecho a su propia opinión, hacia una materia más puramente económica. En el siglo diecinueve, el internacionalista económico pudo probablemente reclamar con justicia que su política tendía al mayor enriquecimiento del mundo, que estaba fomentando el adelanto económico, y que un cambio de rumbo nos habría empobrecido seriamente tanto a nosotros mismos como a nuestros vecinos. Esto plantea un asunto de equilibrio entre ventaja económica y no económica, que nunca se decide fácilmente. La pobreza es un gran mal; y la ventaja económica es un bien verdadero, que no debe ser sacrificado por bienes verdaderos alternativos a menos de que claramente sea de un valor inferior. Estoy listo a creer que en el siglo diecinueve, existieron dos grupos de condiciones que ocasionaron que las ventajas del internacionalismo económico que pesaran más que las desventajas de diferente clase. En un tiempo cuando las grandes migraciones poblaban nuevos continentes, era natural que el hombre se trasladara con él hacia los Nuevos Mundos, los frutos materiales de la técnica del Viejo, en-

carnados por los ahorros de quienes los estaban enviando. La inversión de los ahorros Británicos en ferrocarriles y material rodante, a ser instaladas por ingenieros británicos para llevar emigrantes británicos a nuevos campos y praderas, los frutos que ellos devolverían en su debida proporción a aquellos cuya frugalidad había hecho posible esas cosas, no era el internacionalismo económico, remotamente parecido en su esencia a la propiedad de una parte de la A.E.G. de Alemania por un especulador en Chicago, o a las mejoras municipales de Río de Janeiro por una solterona Inglesa. Sin embargo, era el tipo de organización necesaria para facilitar lo anterior y que finalmente terminó en lo último.

En segundo lugar, en un tiempo donde había enormes diferencias en el grado de industrialización y de oportunidades de capacitación técnica en los diferentes países, las ventajas de un alto grado de especialización nacional eran muy considerables.

Pero yo no estoy convencido de que las ventajas económicas de la división internacional del trabajo hoy día sean comparables con lo que fueron. No debe entenderse que yo llevo mi argumento más allá de un determinado punto. Un grado considerable de especialización internacional en todos los casos es necesario en un mundo racional donde hay amplias diferencias de clima, de recursos naturales, de aptitudes innatas, de nivel cultural y de densidad poblacional. Pero sobre una crecientemente amplia gama de productos industriales, y tal vez también de productos agrícolas, yo dudo de que la pérdida económica de la autosuficiencia sea lo sufi-

cientemente grande como para que las otras ventajas de llevar gradualmente al productor y al consumidor dentro del ámbito de la misma organización nacional, económica y financiera sean más valederas. Se acumula experiencia que prueba que los procesos de producción masiva más modernos pueden realizarse en la mayoría de los países y climas casi con igual eficiencia. Además, con mayor riqueza, tanto los productos primarios como los procesados juegan una parte relativa menor en la economía nacional en comparación con las casas, servicios personales y comodidades locales que no están igualmente disponibles para el intercambio internacional; con el resultado de que un incremento moderado del consecuente anterior sobre una mayor autosuficiencia nacional deje de tener consecuencias serias al pasarse en la balanza frente a ventajas de una clase diferente. La autosuficiencia nacional, en breve, a pesar de que cuesta algo, puede tornarse en un lujo que podemos afrontar, si así lo queremos.

Capítulo III

Existen razones suficientemente buenas para que lo queramos? Hay muchos amigos míos que se han nutrido en la vieja escuela y que están razonablemente ofendidos por el desperdicio y pérdida económica concomitante con el nacionalismo económico contemporáneo existente, para quienes la tendencia de estos comentarios será de dolor y pena. Empero, permítanme tratar de expresar en términos agradables las razones que yo creo que veo.

El capitalismo internacional decadente pero individualista, en cuyas manos nos encontramos después de la guerra, no es un éxito. No es inteligente, no es hermoso, no es justo, no es virtuoso y no entrega los productos. Resumiendo, nos disgusta y estamos empezando a menospreciarlo. Pero cuando nos preguntamos con que reemplazarlo, nos quedamos perplejos.

Cada año se vuelve más obvio que el mundo se está embarcando en una variedad de experimentos político económicos, y qué diferentes tipos de experimentos atraen a diferentes temperamentos nacionales y ambientes históricos. El internacionalismo económico del libre comercio del siglo diecinueve asumió que todo el mundo estaba, o estaría organizado en base al capitalismo privado competitivo y en la libertad del contrato privado inviolablemente protegido por las sanciones de la ley, en varias fases –por supuesto, de complejidad y desarrollo, pero de acuerdo con un tipo uniforme que sería el objeto general para perfeccionar y ciertamente no para destruir. El proteccionismo del siglo diecinueve fue una mancha en la eficiencia y buen sentido de este esquema de las cosas, pero no modificó la suposición general sobre las características fundamentales de la sociedad económica.

Pero actualmente un país tras otro abandona estas suposiciones. Rusia está todavía sola en su experimento particular, pero ya no sola en el abandono de las viejas suposiciones Italia, Irlanda, Alemania han puesto su mirada o la están poniendo hacia nuevas modalidades de política económica. Tras de ellos, muchos otros países, lo predigo, busca-

rán uno por uno, nuevos dioses económicos. Inclusive países como Gran Bretaña y los Estados Unidos, que por excelencia todavía se someten al viejo modelo, están luchando bajo la superficialidad, por un nuevo plan económico. No sabemos cuál será el resultado. Todos estamos –todos nosotros yo creo, por cometer muchos errores. Nadie puede decir cuál de los nuevos sistemas será el mejor.

Pero el punto de esta discusión es éste. Cada uno de nosotros tenemos nuestra propia inclinación. Sin creer que ya estamos salvados, nos gustaría intentar encontrar nuestra propia salvación. Por lo tanto, no queremos estar a merced de las fuerzas mundiales que sacan o tratan de sacar adelante un equilibrio uniforme de acuerdo con los principios ideales, si así se los puede llamar, del capitalismo "laissez-faire". Existen todavía aquellos que se aferran a las ideas antiguas, pero en ningún país del mundo hoy pueden ser reconocidos como una corriente seria. Deseamos, por lo menos por ahora y mientras dure la actual fase experimental transitoria – ser nuestros propios amos, y estar tan liberados como podamos de las interferencias del mundo exterior.

Por tanto, mirándolo desde este punto de vista, la política de una incrementada autosuficiencia nacional debe ser considerada, no como un ideal mismo, sino dirigido a la creación de un ambiente en el cual se pueden buscar otros ideales en forma segura y conveniente.

Permítanme proporcionarles una ilustración tan práctica de esto como me sea posible, que la escojo porque es-

tá conectada con ideas con las cuales mi propia mente ha estado recientemente muy preocupada. En asuntos de detalle económico, a diferencia de los controles centrales, estoy a favor de conservar un juicio privado así como la iniciativa y el empuje tanto como sea posible. Pero estoy convencido de que la retención de la estructura de la empresa privada no es compatible con el grado de bienestar material al que nos da derecho nuestro avance tecnológico, a menos que la tasa de interés baje a una cifra mucho menor de lo que es posible que suceda por las fuerzas naturales activas en la línea tradicional. Efectivamente, la transformación de la sociedad que yo preferiblemente concibo, puede requerir una reducción en la tasa de interés hacia el punto de desaparecer en los próximos treinta años. Pero esto no es muy posible que ocurra bajo un sistema en el cual la tasa de interés encuentra un nivel uniforme en todo el mundo luego de la provisión de riesgo y otros, y que opere bajo fuerzas financieras normales. Por lo tanto, debido a la complejidad de las razones, que no puedo detallar aquí, el internacionalismo económico que abraza el movimiento libre del capital y de los fondos para préstamos así como los productos comerciables puede condenar a mi propio país durante una generación a ir a un nivel mucho más bajo de prosperidad material que el que se podría lograr bajo un sistema diferente.

Pero esto es meramente una ilustración. Mi argumento central es que no hay expectativa, para la próxima generación, de una uniformidad en el sistema económico en todo el mundo como

la que existió, hablando en términos generales, durante el siglo diecinueve; que todos necesitamos estar lo más liberados posible de la interferencia de cambios económicos en cualquier otra parte, para realizar nuestro experimento favorito hacia una República social ideal del futuro; y que un movimiento premeditado hacia una autosuficiencia nacional más grande y aislamiento económico hagan nuestras tareas más fáciles, en tanto en cuanto esto se ha logrado sin un costo económico excesivo.

Capítulo IV

Existe más de una explicación, yo creo, para la reorientación de nuestras mentes. El siglo diecinueve llevó a límites de criterio extravagantes lo que uno puede llamar abreviadamente "los resultados financieros", como una prueba de la conveniencia de cualquier curso de acción auspiciado por una acción privada o colectiva. Toda la conducta de vida se basó en un tipo de parodia de la pesadilla de un contador. En vez de utilizar el material altamente incrementado y los recursos técnicos para construir una ciudad maravillosa, construyeron zonas marginales; y pensaron que era correcto y conveniente construir zonas marginales porque las zonas marginales, en la prueba de la empresa privada, "pagaban"; mientras que la ciudad maravilla, ellos pensaban, habría sido un acto de tonta extravagancia, que en el idioma tonto de la moda financiera, habría "empeñado el futuro", aunque como la construcción hoy de grandes y gloriosas obras puede empobrecer el futuro, ningún hombre lo puede ver hasta

que su mente esté acosada por falsas analogías de una contabilidad irrelevante. Aún hoy, paso mi tiempo, la mitad en vano, pero también, debo admitirlo, la mitad exitosamente, tratando de persuadir a mis compatriotas de que la nación toda será sin lugar a dudas más rica si se utiliza a los desempleados y a las máquinas para construir las casas que se necesitan, que si se los mantiene ociosos. Es que las mentes de esta generación están todavía nubladas por cálculos empantanados que desconfían de las conclusiones que deberían ser obvias, de la confianza en un sistema de contabilidad financiera que tiene dudas sobre si tal operación “rendirá”. Tenemos que seguir siendo pobres porque no “es rentable” ser ricos. Tenemos que vivir en chozas, no porque no podamos construir palacios, sino porque no podemos “pagarlos”. La misma regla de cálculo financiero autodestructivo gobierna cada paso en la vida. Destruimos la belleza del campo porque el esplendor inapropiado de la naturaleza no tiene valor económico. Somos capaces de apagar el sol y las estrellas porque no pagan un dividendo. Londres es una de las ciudades más ricas en la historia de la civilización, pero no puede “pagar” los altos estándares de los logros que sus propios ciudadanos son capaces de obtener, porque ellos no “rinden”.

Si yo tuviera la responsabilidad del Gobierno de Irlanda hoy, deliberadamente haría de Dublín, dentro de la escala de sus propios límites, una ciudad espléndida, totalmente dotada de todos los aditamentos del arte y la civilización de acuerdo a los más altos estándares de que sus ciudadanos sean capaces, con-

vencidos de que yo podría crear, podría afrontar — y que creyeren no sólo que el dinero así gastado sería mucho mejor que cualquier cesantía, sino que haría innecesaria cualquier cesantía. Dado que con lo que hemos gastado en limosnas en Inglaterra desde la guerra podríamos haber hecho de nuestras ciudades las obras más grandes del hombre en el mundo.

Además, hemos concebido hasta hace poco, como un deber moral arruinar los retoños de la tierra y destruir las tradiciones eternas de la humanidad pertinentes a la buena administración, si podríamos conseguir una hogaza de pan un décimo de centavo más barata.

No hubo nada que no haya sido nuestro deber sacrificar por Moloc y Mammón a la vez; ya que creímos fielmente que la adoración a estos monstruos lograría superar el flagelo de la pobreza y conducir a la próxima generación segura y cómodamente, a través del interés compuesto, hacia la paz económica.

Hoy nos sentimos desilusionados, no porque seamos más pobres de lo que fuimos —por el contrario aún hoy disfrutamos, por lo menos en Gran Bretaña, de un estándar de vida mucho más alto que en épocas anteriores, sino porque parece que se han sacrificado otros valores innecesariamente, puesto que nuestro sistema económico no está, en efecto, permitiéndonos explotar al máximo las posibilidades de riqueza económica de acuerdo al nivel de progreso de nuestra técnica, pero se quedan cortos, haciéndonos sentir que igualmente podríamos haber consumido el margen en formas más satisfactorias.

Pero, una vez que nos permitamos ser desobedientes a la prueba de la ganancia de un contador, habremos empezado a cambiar nuestra civilización. Y debemos hacerlo de manera muy cautelosa y consciente. Debido a que hay un amplio campo de la actividad humana en donde tenemos que ser sabios para conservar las pruebas pecuniarias usuales. Es el Estado antes que el individuo, el que necesita cambiar su criterio. Es la concepción del Ministerio de Finanzas como Presidente de un tipo de compañía de economía mixta el que tiene que ser descartado. Ahora bien, si las funciones y propósitos del Estado son por lo tanto engrandecidas, la decisión sobre que, hablando en términos generales, debe producirse dentro de la nación y que debe ser intercambiado con el exterior, debe ser una prioridad dentro de la política.

Capítulo V

De estas reflexiones sobre el propósito correcto del Estado, yo regreso al mundo de la política contemporánea. Habiendo buscado entender y hacer justicia a las ideas que sustentan la urgencia que sienten muchos países hoy en día hacia una autosuficiencia nacional mayor, tenemos que considerar con cuidado si en la práctica no estamos descartando muy fácilmente lo valioso que se logró en el siglo diecinueve. En aquellos países en que los defensores de la autosuficiencia nacional ha obtenido poder, a mi juicio, sin excepción, se están cometiendo muchos errores. Puede ser que a Mussolini le están saliendo las muelas del juicio. Pero Rusia hoy por hoy es el peor ejemplo que el mundo,

quizás, nunca haya visto de incompetencia administrativa y del sacrificio de casi todo aquello que es la razón de vivir de los cabezas huecas. Alemania está a merced de irresponsables desencadenados —a pesar de que es muy pronto aún para juzgarla.

¿Irlanda? Bueno, sé tan poco de Irlanda que no debería ser un esfuerzo para mí ser discreto! Permítanme, sin embargo, arriesgarme a emitir unas pocas frases temerarias, pidiendo perdón de antemano a mis lectores por incurcionar en aquello de lo que tengo poca garantía.

Siento una división en mis simpatías. Es obvio por lo que recién he dicho que, si yo fuese irlandés, debería encontrar mucho que me atrajera en el panorama económico de su gobierno actual hacia una mayor autosuficiencia. Pero, como hombre práctico y como quien considera la pobreza y la inseguridad como grandes males, yo desearía primeramente estar satisfecho en dos asuntos.

Mi primera pregunta es fundamental. Debería preguntar si Irlanda —sobre todo si la Nación Libre— es una unidad geográfica suficientemente grande, con recursos naturales suficientemente diversificados, para tener más que una muy modesta medida de autosuficiencia nacional que no fuera factible en modo alguno sin una desastrosa reducción de un estándar de vida ya de por sí no muy alto. Creo yo que debería contestar que sería un acto de mucha inteligencia de parte de los irlandeses el llegar a un arreglo económico con Inglaterra, el cual, dentro de los límites apropiados, retendría para Irlanda sus mercados tradicionales ingleses a cambio de ventajas mutuas para los productores

británicos, dentro de un amplio sector, que en mucho tiempo no interfiera con el propio desarrollo en Irlanda. No vería yo en ello el menor grado derogatorio de su autonomía política y cultural. Debería ver en ello simplemente un acto de sentido común para la preservación del estándar de vida de los irlandeses, a un nivel que por sí solo hiciera posible la nueva vida política y cultural del país. Ahora no es demasiado tarde para lograr esto y sería conveniente para ambos países. Pero con cada dilación será más difícil, en la medida en que la exclusión del producto agrícola irlandés se adapte extremadamente a la tendencia actual de la política británica.

Pero si, debido a complejas razones, buenas o malas, idealistas o políticas, yo tuviera que rechazar esto y debiera deliberadamente decidir resolver el destino económico del país de otra manera, habiendo tomado, por decir, mi decisión moral, me sentaría con el problema con mi mejor cabeza y podría ordenar que se trabaje en una lenta serie de experimentos. Nadie tiene derecho a jugar con los recursos del pueblo, yendo a ciegas hacia cambios técnicos imperfectamente comprendidos. Rusia se nos presenta como un feo ejemplo de lo que el ruín y desolador mal juicio y la obstinada experimentación pueden hacer en una población agrícola, al punto que los hombres realmente mueren del hambre en donde hasta hace poco tiempo era una de las áreas de mayor producción de alimentos del mundo. Los procesos agrícolas tienen raíces profundas, ellos mismos encuentran soluciones lentamente, son resistentes al cambio y desobedecen a un orden administrativo, y a pesar de ellos son delicados y frágiles, cuando

han sufrido daños, no se recuperan con facilidad. Qué tipo de herida se habría asestado en la bella cara de Irlanda si dentro de dos o tres años sus ricos pastizales fueran labrados y el resultado fuera un fiasco? Podría un hombre perdonarse una cosa así si hubiera actuado antes de tener conocimiento cierto y la experimentación cuidadosa hubiera primero demostrado, más allá de la duda razonable, que el proyecto era un éxito en la práctica —no digo que sin ningún costo— pero sin un costo indebido.

Mientras tanto, aquellos países que mantienen o están adoptando a las claras un proteccionismo directo a la antigua, refaccionado con el aumento de unas pocas cuotas del nuevo plan, están haciendo muchas cosas incapaces de una defensa racional. Así si la Conferencia Mundial de Economía alcanza una reducción mutua de aranceles y prepara el camino para acuerdos regionales, éste será un tema que merezca un sincero aplauso. Ya que yo no debo supuestamente endosar todas las cosas que se hacen en el mundo político, hoy en día a nombre del nacionalismo económico. Lejos de ello. Pero yo traigo mis críticas a hombros, como alguien cuyo corazón es amistoso y sensible a los experimentos desesperados del mundo contemporáneo, quien les desea el bien y quisiera que ellos tengan éxito, quien tiene sus propios experimentos en la mira, y quien, en última instancia, prefiere cualquier cosa sobre la tierra a lo que los informes de City no llamarían "la mejor opinión de Wall Street". Deseo puntualizar que el mundo, hacia el que tan dificultosamente nos movemos, es diferente al internacionalismo económico ideal de nuestros padres, y que las

políticas contemporáneas no deben juzgarse sobre las máximas de esa fe pasada.

Yo veo tres peligros inminentes en el nacionalismo económico y en los movimientos hacia la autosuficiencia nacional.

El primero es la Tontería –la tontería de los doctrinarios. No es nada raro descubrir esto en movimientos que han pasado algo rápido de la fase de conversaciones trasnochadas hacia el campo de la acción. No distinguimos al comienzo entre el color de la retórica con la que hemos ganado un asentimiento del pueblo, y la sustancia opaca de la verdad de nuestro mensaje. No hay nada insincero en la transición. Las palabras deben ser un poco salvajes – porque ellas asaltan los pensamientos de los no pensantes. Pero cuando los sillones del poder y la autoridad han sido alcanzados, no debe haber más lugar para la poesía.

Tenemos, por tanto, que contar al centavo el costo que nuestra retórica haya menospreciado. Una sociedad experimental tiene necesidad de ser mucho más eficiente que una largamente establecida, si quiere sobrevivir con seguridad. Necesitará todo su margen económico para sus propios propósitos y no puede regalar nada a la simpleza o a la impracticabilidad doctrinaria. Cuando un doctrinario procede a la acción debe, por decir, olvidar su doctrina. Porque aquellos que en la acción recuerdan la teoría, probablemente perderán de vista lo que están buscando.

El segundo peligro –uno peor que la tontería- es el Apresuramiento. Vale la pena citar el aforismo de Paul Valery: “Los conflictos políticos distorsionan y

fastidian el sentido del pueblo para diferenciar entre asuntos importantes y asuntos urgentes”. La transición económica de una Sociedad es algo que debe alcanzarse lentamente. Lo que yo he venido discutiendo no es una revolución repentina, sino la dirección de una tendencia secular. Tenemos un ejemplo temible en la Rusia de hoy en día, de los males de un apresuramiento insano e innecesario. Los sacrificios y pérdidas de la transición serán bastante mayores si se fuerza el paso. No creo en la inevitabilidad del gradualismo, pero creo en el gradualismo. Esto es sobre todo verdadero para una transición hacia una mayor autosuficiencia nacional y una economía doméstica planificada. Ya que es la naturaleza de los procesos económicos al estar enraizados en el tiempo, una rápida transición involucrará la pura destrucción de la riqueza que, al inicio, el estado de las cosas, será mucho peor que el estado anterior; y el gran experimento será desacreditado. Los hombres juzgan implacablemente por los primeros resultados.

El tercer riesgo, y el peor de los tres, es la Intolerancia y el sofocamiento de la crítica instruida. Los nuevos movimientos han llegado al poder a través de una fase de violencia o quasi violencia. Ellos no han convencido a sus oponentes; ellos los han derribado. Es el método moderno –pero soy lo suficientemente anticuado para creer que es totalmente desastroso- el depender de la propaganda y del control los órganos de opinión; se considera más inteligente y útil el fosilizar el pensamiento y usar todas las fuerzas de la autoridad para paralizar el juego de la mente sobre la

mente. Para quienes han visto la necesidad de emplear todos los métodos posibles para alcanzar el poder, es una tentación muy fuerte el continuar utilizando para la tarea de construcción las mismas armas peligrosas que les funcionaron para el allanamiento preliminar.

Rusia, una vez más, nos proporciona un ejemplo de la multitud de errores que comete un régimen cuando se ha eximido a sí mismo de la crítica. La explicación de la incompetencia con la cual las guerras se conducen siempre de parte y parte, pueden residir en la inmunidad comparativa de la crítica que brinda la jerarquía militar al alto comando. No tengo una admiración excesiva por los políticos pero, habiendo crecido como lo han hecho en el aliento mismo de la crítica, son ellos tan superiores a los soldados! Las revoluciones solamente tienen éxito porque son dirigidas por políticos contra soldados. Por paradójico que sea -¿quién ha escuchado alguna vez de una revolución exitosa conducida por soldados en contra de políticos? Pero todos odiamos la crítica. Nada aparte de un principio arraigado hará que voluntariamente nos exponamos a ella.

Sin embargo, las nuevas modalidades económicas contra las cuales estamos tropezando son, en la esencia de su naturaleza, experimentos. No tenemos

de manera anticipada una idea clara cimentada en nuestras mentes de lo que queremos exactamente. Lo descubriremos en el camino y tendremos que moldear nuestro material de acuerdo a nuestra experiencia. Ahora, para este proceso, la crítica audaz, libre e inmisericorde es un sine qua non del éxito definitivo. Necesitamos la colaboración de todos los espíritus brillantes de la época. Stalin ha eliminado cada mente independiente y crítica, a pesar de que ellos simpatizan en términos generales. El ha creado un ambiente en el cual los procesos de la mente están atrofiados. Los suaves circunvoluciones del cerebro se han convertido en leña. El rebuznar multiplicado de quien habla a gritos reemplaza las inflexiones de la voz humana. El gemido de la propaganda aburre aún a las aves y a las bestias del campo hasta la estupefacción. Dejemos que Stalin sea un ejemplo aterradorante para todos aquellos que quieren hacer experimentos. Si no, yo, a cualquier costo, pronto estaré de vuelta en mis viejos ideales del siglo diecinueve, en donde el juego de la muerte sobre la mente creó para nosotros la herencia que hoy en día, enriquecidos por lo que nuestros padres nos procuraron, buscamos para desviarlos hacia nuestros apropiados propósitos.